

Don Manuel

Me enteré de la desaparición de don Manuel Alvar un día de agosto de 2001, mientras estaba en los Cárpatos Occidentales. Los medios modernos de comunicación (*televisión* y *telemóvil*) y la casualidad hicieron que la noticia del fallecimiento de mi mejor amigo me la diera mi hija desde Bucarest, por teléfono, después de haberla oído por la tele. La casualidad misma hizo también que la primera carta firmada por él datara del mes de agosto de 1958 y fuera enviada desde un pueblo, Huéscar, cerca de Granada, donde pasaba sus vacaciones; la última «carta» que le dirigí (la esquila que envié por fax a un periódico bucarestino) llevaba como fecha un día de agosto y fue enviada igualmente desde un pueblo, Gârda, en las proximidades del helero de Scărișoara.

Las cartas que me envié, más de cien, son una mina de oro para el deseoso de indagar aspectos de la vida de don Manuel y de una amistad que duró más de cuatro decenios. Al principio se me dirigía con *distinguido colega* para que más tarde llegara a *mi querido e inolvidable Mario*. Se enfadaba, en 1963, cuando seguía llamándole «Profesor»: «Ya sabe que soy, sobre todo, amigo suyo. Es lo único bueno que yo puedo ofrecerle: ninguna enseñanza, pero sí un poco de leal y sincera amistad». No tan solo por esta declaración o por aquella en la que me confesaba «Feliz yo que tengo amigos como tú», le he considerado siempre un verdadero amigo. Sus cartas eran riquísimos «informes de actividad» y, en los últimos años, «comunicados de salud». Me escribía en el avión, me enviaba cartas desde los países por donde viajaba; había cartas en las que venía apuntando durante dos o tres días seguidos. En los primeros años, su letra era ordenada, calmosa (se parecía mucho a la de Elena, su esposa); en los últimos años, la misma se volvió cansada (a veces casi ilegible), «abreviada», con una firma en que se identificaba una *M* (= *Manolo*). Se despren-

de de sus cartas que los viajes que hacía, comentados de varias maneras por unos o por otros, no eran nada fáciles. Me escribía a finales de 1968 desde Puerto Rico, antes de un viaje a las Canarias que iba a ser seguido de otro a Brasil: «Estoy como un fantasma ambulante sin familia, sin casa, sin libros, sin nada de nada». En uno de esos viajes de trabajo a la Amazonia para el atlas lingüístico de Latinoamérica contrajo una enfermedad tropical desconocida, de la cual se curó con dificultad al cabo de varios meses (Jorge, uno de sus hijos, especialista en enfermedades tropicales, consultó para ello a los profesores más destacados del mundo).

No creo que haya carta en que no hablara de libros (excepto aquella en la que me informaba del fallecimiento de nuestro amigo brasileño Serafim da Silva Neto): bien me anunciaba el envío de unos libros (y ¡el número exacto de ellos!), bien pedía libros rumanos o se interesaba por publicaciones destinadas a él o/y a la Universidad de Granada donde ejercía como profesor desde los comienzos de su actividad universitaria. Creo que esta avidez de lectura, presente con igual frecuencia en mis cartas, fortaleció nuestra amistad, lo mismo que me pasó con otro famoso amigo mío, Alf Lombard. Muchas de sus cartas escritas en 1959-1960 estaban llenas de desesperación por no haber recibido aún los libros dejados en Bucarest. Además nos unió el hecho de que todos sus hijos eran aficionados a la filatelia, como lo era yo también en aquella época. Sus cartas venían acompañadas de cambios intensos de sellos para los cuales Manolo visitaba tiendas especializadas, como hacía también Alf Lombard. Desde entonces tengo todas las magníficas series de pintores españoles cuyos lienzos admiré posteriormente en el Prado. Gracias a la filatelia soy el poseedor de una «carta», tal vez la primera, que me dirigió su hijo mayor, Manuel, hoy en día distinguido catedrático y lingüista: «Muchas gracias por los sellos. Manolito» (su firma con la rúbrica —unas líneas cruzadas que, a sus ocho años, no eran tan ricas como las de Cervantes—).

He dejado para el final el motivo que me determinó a dirigirle la primera carta en 1958. En aquel entonces iniciaba mis estudios sobre el judeoespañol de Bucarest y en las bibliotecas rumanas había pocos trabajos sobre el tema. Me dirigí entonces a los especialistas en este campo y el primero en contestarme fue don Manuel. Me envió todos los trabajos solicitados y otros más sobre el judeoespañol, así como las obras básicas de la historia del español. Una carta única es aquella en la que me felicitaba por el título de «Doctor en Filología» obte-

nido con la tesis sobre el judeoespañol de Bucarest: mi maestro Iorgu Iordan le avisó de que «dentro de hora y media» iba a obtener el título y esto hizo que don Manuel fuera la primera persona que me felicitara. Desde la primera carta nunca nos separamos, convirtiéndonos en amigos entrañables.

Quien conoció a don Manuel en España, en su casa, sabe que no se podría hablar de él sin mencionar a Elena, su entregada esposa que fue la compañera de toda su vida (recuerdo cómo, en los últimos años, cuando la enfermedad era evidente, velaba cuidadosamente cada movimiento suyo). Le acompañó incluso en las encuestas dialectales, colaboró en varios libros, realizando los índices y, no en último término, fue la madre de sus siete hijos (los siete «infantes» de Alvar, como los llamaba Iorgu Iordan, quien sentía hacia Elena una admiración sin límites. El profesor Iordan comentaba siempre que los siete partos no estropearon en nada la belleza de Elena). Me hablaba siempre sobre Elena y sobre los niños; cuando nació el séptimo *Alvarito*, me escribía que era varón también, que Elena estaba bien y que él era «el padre, un poco asustado, del regimiento que come en su casa». De este modo yo estaba enterado de todo: cuándo los muchachos acababan sus estudios, cuándo obtenían el título de Doctor, cuándo contraían matrimonio, cuándo nacían los nietos. Tuve la suerte de hallarme en casa de mi amigo en una ocasión cuando se reunieron todos —hijos, nueras, nietos (tenía en aquel entonces más de 15 nietos)—. Manolo y Elena se sentían sumamente felices y me dijeron: «No ha sido fácil, pero lo logramos». Para su familia Manolo daba todo: les proporcionó a sus hijos una formación especial; por ellos aceptó trabajar, durante muchos años, en Estados Unidos, en varias universidades. Me escribía de allí: «¡Ay, Mario, qué tristeza esta de tener que ser juglar en el siglo XX. Pero qué hacer, ¡si he comprado una casa y la tengo que pagar!». En Estados Unidos tenía medios de trabajo fabulosos, todo era fácil, había dinero para las cosas más inverosímiles, la gente era bondadosa. Me escribía desde California: «Todo eso es cierto. Pero, sin embargo, me encuentro deformado por nuestra vieja cultura: las ciudades, el ambiente, la altura del hombre... Y todo eso me atrae en España, aunque allí me pase la vida suspirando por una tranquilidad que no tengo». Lo mismo apuntaba brevemente en otra carta de principios de 1962 cuando decía que «estoy lleno de indecisiones». Decidió volver a España por los hijos, así como por los hijos había ido a Estados Unidos. En otra carta «pasaba revista a su vida» y observaba que todos sus hijos se marcharon de casa, pero añadía que

tenían la suerte de tener buenos amigos y, a pesar de haberse quedado solos, se sentían bien acompañados y bien recibidos por estos, y concluía: «Entonces pensamos que la vida no es estéril, que, también, tendremos abiertas las puertas el día de nuestro descanso». Tal vez, estos amigos constituyeron otra razón por la que no se quedaron en Estados Unidos.

Experimentó gran alegría al enterarse de que mi mujer y yo esperaríamos una criatura. Me preguntaba: «¿Nació el heredero?», pensando probablemente que tendríamos igualmente un varón. Me escribía, como lo hacía también Alf Lombard, mi buen amigo sueco, que «me alegraría que su vida se completara y se... complicara. Los críos dan muchas preocupaciones y muchas satisfacciones. Ya hablaremos, pues yo, como padre de seis, le podré contar algo». Cuando nació mi hija, le escribió a mi mujer algunas líneas sugiriéndole que le enseñara a Iulia (mi hija) que le llamara *Pato*, como lo hacían sus hijos, y añadía para mí: «Esperamos que sea amiga nuestra y que este bajo mundo la llene de dicha». Casi cada carta contenía preguntas sobre «las niñas» o «las mujeres»; mi hija era nombrada la *buenona* (después de haber visto su foto) o la *joven tiranuela*. En 1990, cuando asistí en El Escorial a una conferencia, me dejó, al irse de Madrid, las llaves de su piso de la espléndida residencia de profesores situada en Isaac Peral, 3, para que pudiera pasar unos días en Madrid junto con la *tiranuela*, ya convertida en estudiante. Años antes, se había alojado en la casa de ellos también mi esposa, mientras yo participaba en un congreso. Después de haber conocido mejor a mi mujer, Manolo me dijo algo parecido a lo que me decía Iorgu Iordan: «Al hombre se le conoce por la mujer que elige» y «Te aprecio más después de haber conocido a Florica». Cuando mi mujer se enfermó, buscó una medicina a base de plantas amerindias en varias ciudades americanas. La encontró por último en Puerto Rico, mientras Jorge, su hijo, el médico, envió varias pruebas para ser analizadas en laboratorios clínicos de España y Suiza. Cuando mi mujer se me fue, les sentí a mi lado como a nadie, aunque estuviesen a miles de kilómetros de distancia.

Estuvo enamorado de Rumanía. Deseó con fervor viajar a mi país, acerca del cual conocía muchas cosas aprendidas todas en la época en que era profesor invitado en Erlangen, donde coincidió con el profesor H. Kuen, este último buen conocedor del rumano y traductor de *Limba română* de S. Puşcariu. Durante su estancia en Alemania hizo una presentación del *Atlas lingüístico de Rumanía*, uno de los pri-

meros libros de don Manuel, libro que se publicó en Salamanca en 1951. Cuando Iorgu Iordan le invitó a Bucarest (esto pasó en el Congreso de Lisboa) a fin de que asistiera al Coloquio UNESCO de civilizaciones, literaturas y lenguas románicas, aceptó con gran entusiasmo (solía decir que este viaje era su ilusión juvenil). Nos encontramos por primera vez en septiembre de 1959 en el aeropuerto, Iorgu Iordan hizo la presentación. Figura típica de español: ni bajo ni alto, con una mirada viva detrás de sus lentes de montura gruesa; más robusto que yo, daba la impresión de un hombre tímido, sin embargo, a punto de hacer comentarios chistosos muy a menudo. Siempre estuve a su lado, me apegué a él, como en un gran amor, definido por don Manuel como «su afectuosísima presencia». Él también me tuvo afecto: «Estará Ud. siempre entre mis más grandes cariños y, —¡ay!— como siempre acreedor de una deuda que no sabré saldar». Un día de septiembre de 1959, celebramos juntos, él, Serafim y yo, los diez años de su matrimonio con Elena. Esto pasaba en Rumanía, después de una visita a Murfatlar, hecha en la mañana, que había empezado con una cata de vinos y había acabado en un banquete a la sombra de unos árboles frondosos. De regreso a Mamaia, en una mezcla de romances de la cual surgió una poesía acerca de la «Dulce Rumanía» en provenzal antiguo, la lengua de los trovadores, escrita por G. Rohlfis y publicada en una revista alemana de filología, todos declaramos que por la noche seríamos abstinentes. Después de la cena, Manolo encargó, por su cuenta, una botella de champaña. El ruido producido por el destape no pasó inadvertido; el primero que reaccionó fue V. Lipatti, el secretario de la Comisión Nacional de la UNESCO: «¡Estoy perdido!», me dijo en rumano. «El presupuesto no me permite ofrecer champaña». Manolo entendía el rumano, le invitó a brindar por Elena, y, luego, los demás celebraron también los «diez años» con champaña. Desde entonces, cada año el 21 de septiembre me acordaba de este aniversario, porque para mi amigo era una fecha tan importante como su cumpleaños. Nunca olvidó su primer viaje a Rumanía; al cabo de un año me escribía: «Dentro de poco se cumple un año desde que viajé a Rumanía y todavía no he despertado del sueño». Un año antes, al regresar de Madrid, camino a Granada, comentaba: «Los viñedos que crucé me recordaron los de Murfatlar, cerca de Constanza, donde el aire se hacía impalpable, donde el mar se adivinaba como una presencia cercana, donde las nubes me recordaban navíos en camino». Disfruté mucho cuando, diez años más tarde, volvió a Rumanía acompañado por Elena (era ponente en la sesión plenaria del Congreso de

Romanística de 1968) «a los lugares donde fui feliz». Estaba ansioso de comprar artesanía junto con su mujer. «¡Ojalá pudiéramos traernos Rumanía entera!».

Para él Rumanía significaba también la Lingüística románica. Escribió un libro sobre el *Atlas lingüístico de Rumanía* —antes mencionado—, tradujo dos de las obras de Iorgu Iordan (*Lingüística románica e Introducción a la Lingüística románica*, la última escrita en colaboración con María Manoliu). Al ser publicada la primera, Iorgu Iordan declaró en el «Prefacio» que Alvar era, en gran parte, el coautor de la versión española, por las numerosísimas notas añadidas, y que, gracias a él, esta versión se volvió superior a las demás (el libro es el más traducido de la Lingüística rumana: al inglés —dos versiones—, al español, al alemán, al italiano, al portugués y al ruso). Colaboró en todos los tomos de homenaje publicados en Rumanía. Dedicó la primera parte de su libro *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual* (Madrid, 1969) a Iorgu Iordan y a Marius Sala «en mi otra Romania extrema». Yo también le dediqué un libro (*Le judéo-espagnol*, La Haya, 1976). Ayudó como nadie a los jóvenes hispanistas rumanos ofreciéndoles becas. Una joven hispanista rumana tomó en sentido recto la frase *estar en su casa*, dicha por Manolo en Bucarest; un día ella se presentó ante las puertas de su casa, con equipaje y todo, para que la alojaran ¡*en su casa!*

No he mencionado nada sobre la actividad de don Manuel, actividad que le trajo numerosos títulos de «Doctor honoris causa» de varias universidades y de miembro de honor de muchas academias (entre estas también la Academia Rumana). Renombrado y reconocido profesor (hasta hace poco Director de la Real Academia Española), pertenece a la galería de los grandes humanistas españoles, cuyos representantes esclarecidos nos abandonaron a finales del siglo pasado: Ramón Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa. Lo mismo que ellos, fue un espíritu enciclopédico revestido de la generosidad hispánica. Decenas de libros de lingüística (algunos importantes atlas), de filología (numerosas ediciones críticas de textos medievales) y de literatura (obtuvo el más alto galardón de la literatura española, el Premio Nacional de Literatura), todos testimonian su fuerza de trabajo y su pasión que, lo confieso ahora cuando ya no lo puede oír, fue mi modelo de vida. Lamento que este gran amigo «me haya dejado huérfano» a los 43 años de habernos conocido. Me consuela la poesía que escribió en Bucarest, en un pedazo de papel,

DON MANUEL

en 1959, en el antiguo restaurante «Tic-Tac», en presencia de Serafim:

En el centro de la sala
Y en nuestra mesa redonda
Yo escribo mi más honda
Amistad por Marius Sala
(Alvar, el ángel sin ala).

MARIUS SALA

Instituto de Lingüística de Bucarest